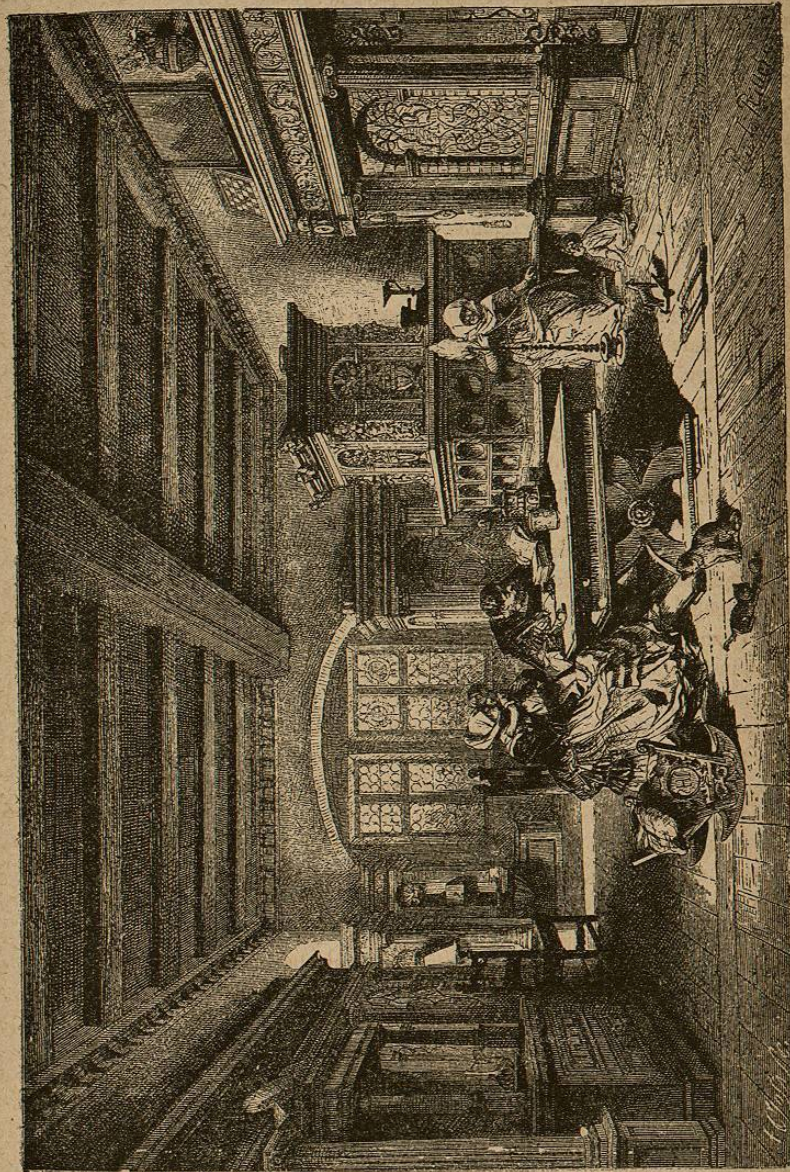


determinó erigir en 1547 y cuyo plano fué indicado, ordenado y trazado por los insignes matemáticos Heer, Brückner y Herlin. Mas la ejecución de la obra empezada bajo dicha dirección por artesanos expertos fué interrumpida hasta que se reanudó en 1571, cuando Isaac y Josías Habrecht, naturales de Schaffhausen, hermanos y relojeros los dos, vinieron aquí á Estrasburgo; á éstos, junto con el señor catedrático Conrado Dasipodius, David Wolkenstein de Breslau y Tobias Stimmern, el pintor, ha sido confiado y mandado fabricar aquello, lo cual han cumplido con suma honradez y asiduidad y acabado anno 1574 como demuestra la evidencia y la obra alaba á los maestros. Fischart ha descrito este más artificioso de todos los relojes en bonitos versos y también existe un lindo cuento que refiere que en una noche de setiembre de 1680 en una hora muy insólita empezó á tocar el juego de campanas del reloj cantando una clara voz de niño las palabras corales: *En el cuerpo y la vida nos amenazan y nos persiguen como á herejes*; lo cual fué interpretado como presagiando una gran desgracia y no sin motivo, porque al año siguiente los protestantes celebraron su culto por última vez en el magnífico edificio de Erwin. Su grito de angustia: *De profundis clamavi ad te, Domine*, se perdía inútilmente en las elevadas bóvedas; aunque á la sazón había pocas familias católicas en Estrasburgo, los protestantes fueron echados de la catedral por el ladrón francés y en el portal el infame traidor del imperio y de la ciudad, el arzobispo Egón de Fürstenberg, saludó al rey ladrón Luis con las palabras de homenaje de vil adulación.

Las casas de las ciudades alemanas de la época de la reforma no eran ya en su estilo y su distribución tan bastas y miserables como las de la Edad media. Los grandes adelantos que los oficios artesanos habían hecho en todos los sentidos debían redundar necesariamente en beneficio hasta de las habitaciones más modestas de la clase media. En cuanto á muebles, encontramos en los aposentos de semejantes casas de vecinos, según los datos de los documentos y descripciones de la época, mesas, sillas y bancos, especialmente el banco de la estufa que corría á los tres lados de la enorme estufa de ladrillos y cubierto de almohadones; además en un rincón, una *cama de holgazán* ó *cama de gandulería* (el sofá ó canapé de aquellos tiempos); luego el *griskalter*, armario bajo sobre el cual podía manejarse agua, lavarse ó enjuagar vasos; y el aparador ó bufete en el cual se hallaban jarros, copas, botellas y calderas para refrescar. Tampoco faltaba un reloj de pared, pues ya desde el año 1500 y primero en Nuremberg habían aprendido á reducir los relojes de campanario á relojes de pared y de bolsillo (llamados *huevos de Nuremberg* por su forma ovalada). En la habitación de la familia encontramos también un pequeño espejo de pared, un candelero con despaviladeras, un recado de escribir con papel y sello, un tablero de ajedrez, un cubilete de dados y un juego de naipes. Pues ya en la segunda mitad del siglo xiv había sido inventada en Alemania la fabricación de naipes, perteneciendo también á los alemanes el problemático honor de haber discurrido uno de los juegos de baraja más antiguos (el probablemente más antiguo y ciertamente el más bonito, el tresillo, dicen, fué inventado por los moriscos españoles) el *juego de*



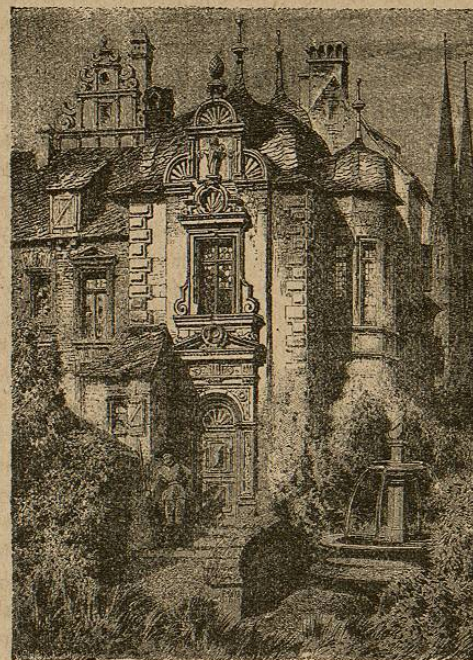
SALA HABITACION DE NUREMBERG.

*lansquenets*. Cuando la reforma estaba bien encaminada surgió un juego de naipes muy singular; el *Karniffil* ó *Karnefil*, en cuyas hojas y reglas se reflejaban las peripecias religiosas y políticas de la época. Los juegos de sociedad se contaban entonces por centenares; por lo ménos Fischart en su *Geschichtsklitterung* enumera y nombra unas quinientas de semejantes diversiones y maneras de pasar el tiempo. Mas al lado del tablero de ajedrez, del cubilete de dados y de la baraja, encontrábase en el estante de la pared de la mesa, en las casas burguesas del siglo xvi también *la Biblia y otros libros más para diversión y enseñanza moral*, según se lee en Juan Sachs. Este nos conduce luego al dormitorio burgués, donde encontramos un catre con jergón, colchón, cojines, almohadas, sábanas y mantas, así como todos los pequeños aparatos de comodidad nocturna y además varios armarios para vestidos y ropa blanca y el *arca* guarnecida de hierro y provista de un enorme candado, en la cual se conservaban el dinero del amo de la casa y las joyas y preseas de la madre de familia y las hijas adultas. En semejantes habitaciones han venido al mundo los más de aquellos hombres que brillan como astros fulgentes en la historia de la civilización alemana durante la edad de la reforma. En ellas han hecho su trabajo, en ellas han muerto. La casa de los burgueses alemanes con su afectuosidad, honestidad y piedad se nos presenta también atractiva y conmovedora en el arte de entonces. Hay que tener en cuenta el modo modesto de vivir de los grandes maestros de aquella época para juzgar con justicia sus creaciones. Pero un noble soplo de poesía pasaba por toda esta sencillez y modestia. Considérese por ejemplo la carta, filialmente buena, que el maestro Durero escribió acerca de la muerte de su madre acaecida en 1513 y podrá formarse una idea de la plenitud de cariño, delicadeza y costumbres generosas que había en la vida familiar de la clase media á despecho de todas las extravagancias del siglo.

El esplendor de la nobleza urbana de la Edad media palideció en la época de la reforma ante el brillo de los barones del dinero, de los grandes capitalistas que entendían ya muy bien el negocio de *fundar sociedades* y sabían monopolizar los ramos más lucrativos del comercio. La inmensidad de las ganancias que la potencia del capital obtenía en el siglo xvi, resulta del hecho que un balance de la razón social Fugger arrojó que en siete años se había realizado un beneficio limpio de 13.000.000 de florines, y que otro balance demostró que la fortuna de los Fugger había llegado á la suma verdaderamente colosal para aquella época de 63.000.000 de florines. Con los recursos metálicos que aquellos negociantes poseían, ya era dable hacer la vida amena y placentera. Así es que las ciudades comerciales de Alemania en la construcción y el arreglo de las casas, así como en el cultivo de las artes y en establecimientos de utilidad pública aventajaban mucho á las capitales residencias de príncipes, tal vez con la sola excepción de Viena. También era superior el número de sus habitantes; Berlín, por ejemplo, comparado con Augsburgo, Nuremberg, Colonia, Lubeck, Francfort, Bremen y Hamburgo no era más que un miserable lugar, cuya población ascendió á 20.000 almas, sólo después de la mitad del siglo xvii. Sólo el empeño del gran elector sacó

á Berlín de su estado campestre, pues él fué quien adornó de edificios monumentales la naciente capital del naciente Estado, quien hizo empedrar, limpiar y alumbrar las calles, y estableció un reglamento mejor de edificación y de extinción de incendios.

El que en el siglo xvi quería ver toda la plenitud de la vida urbana, había



UN JARDIN DE AUGSBURGO.

de visitar las mencionadas ciudades comerciales, especialmente las del sur de Alemania á las que la comunicación más rápida y más cómoda con Italia aportaba en mayor abundancia que á las del norte todos los adornos y regalos de la vida. Allí veíanse casas patricias, elegantes y magníficas en el estilo del renacimiento, adornadas exterior é interiormente con pinturas al fresco, con zaguanes y escaleras, embellecidas con columnas de mármol, balcones en que la escultura y ventanas en que la pintura al vidrio habían desplegado todo su arte. En el interior veíanse salas y aposentos entrepañados con las maderas ultramarinas más preciosas ó enyesados con estuco pintado y dorado. En el suelo esmeradamente tarraseado había magníficas alfombras de

Turquia ó Persia, en las paredes colgadas de Arras y espejos de Venecia, en las salas de lujo, estatuas antiguas y cuadros modernos, en los *tesoros* colecciones enteras de vasijas labradas artísticamente de oro, plata y cristal y vajilla de mesa de toda clase; las diferentes piezas del ajuar eran otras tantas obras artísticas de la escultura de madera. Detrás de las casas había espaciosos jardines con los árboles, arbustos y flores exóticas más raras, con surtidores, estanques con peces dorados, cuartos de baños con bañeras de mármol, pajarreras con loros y canarios. En semejantes locales moviase la sociedad patricia en los pintorescos y suntuosos trajes de caballeros y damas de aquel tiempo. La moda fundamental durante todo el siglo era la hispano-burgoñona, cuya estrechez, empero, alternaba á veces en ambos sexos con una holganza extremada. Las modas de señoras cambiaban naturalmente mucho, pero debe decirse con elogio para las mujeres alemanas de la edad de la reforma, que sus trajes eran decididamente más honestos y decentes que los de sus abuelas del siglo xv. Una aberración hácia lo feo era el agrandarse las golillas de hombres y mujeres, aquellos cuellos de *pedra de molino*, tiesos y grandes como una rueda de arado, sobre los que la cabeza parecía colocada en una fuente y que quitaban por completo la libertad de los movimientos del cuello y de la cabeza. En general, había en el corte y en los géneros de los trajes de hombres y mujeres cierta rigidez, cierta cosa que contenían los movimientos y ademanes en una actitud severa, introduciéndose con esto en el modo de presentarse de las clases superiores mucho de la gravedad de la etiqueta española.

Mucho caso hacíase de los goces de la mesa, estando bien provista en la casa patricia la despensa y la bodega. En cuanto á los vinos, bebíanse con afición, además de los indígenas del Rhin, Neckar y Mosela, los húngaros, españoles y griegos. Poseemos un libro de cocina que publicó en 1587 el artista cocinero y gastrónomo Marcus Rumpolt, y por el cual sabemos que en aquella fecha se ponían en la mesa 63 clases de sopa, 127 de pescado, 70 variedades de empanadas, 225 de legumbres, 46 de pasteles y 50 variedades de ensaladas; así mismo nos enteramos de que sabían preparar entre cocido, frito y asado, 83 platos de vaca, 59 de ternera, 45 de carnero, 43 de cerdo y 37 de venado. La condimentación fuerte de los manjares era general y por esto se explica que no solamente los caballeros, sino también las señoras bebían mucho y tenían muy buenas *tragaderas*. Un progreso indudable de la cultura constituía la generalización del uso de cucharas y servilletas, así como la sustitución del tenedor natural de cinco puas, la mano, con el tenedor artificial de dos ó tres puas. En las mesas de las clases superiores, el tenedor se usaba ya á fines del siglo xvi, pero tardó aun todo un siglo antes de generalizarse también entre los campesinos.

Los regocijos urbanos y las *ocasiones* de la Edad media experimentaron en la edad de la reforma un aumento considerable. Las gentes tenían afición á toda clase de diversiones, alternando en las ciudades los espectáculos de las bandas de juglares, las representaciones de comedias de escuela, las corridas de animales, las carreras de caballos, las fiestas de tiradores, los paseos en

trineos y las mojigangas. En todas estas ocasiones la exuberante vivacidad de nuestros abuelos se manifestaba frecuentemente de una manera tan ruda que el gusto más refinado ó acaso más hipócrita de nuestros días haría una mueca desdeñosa. Es cierto que los alemanes de entonces se excedían á veces sobre todo en la bebida y el baile, hasta el punto que los dos párrocos Mateo Federico de Schönberg y Florian Daul de Schnellewalde, tenían motivo para publicar aquel su *Demonio de la borrachera* (1557) y éste su *Demonio del baile* (1567), para combatir estas dos malas costumbres. Federico, lo hacía con ironía y sátira, Daul, mas con gritería y chillería; pero los dos describen gráficamente lo que combaten. En el *Demonio del baile* empieza por elogiar las



PASEO EN TRINEO.

*danzas, morigeradas, honestas y decentes en que las parejas se siguen honesta, razonable y cortesmente, sin jirar, sin contorcerse, sin taconear, saltar, menearse ni contonearse.* Luego la acomete contra los Bailes mundanos y nocturnos, livianos é indecentes, deshonestos y desvergonzados en los que las parejas danzantes andan y corren desordenadamente como vacas en celos, se contuercen y contonean, lo cual se llama echar el cebo. Así se produce tan infame *vaién*, contoneo, contorsión y cebamiento por los diablos del baile tan rápidamente, también á tal altura como el labrador levanta el trillo que á veces á las doncellas, mozas y raspas se les levantan los vestidos por encima del cinturón y hasta sobre la cabeza. O bien las echan al suelo ó caen los dos y muchos otros más que á prisa y sin mirar vienen bailando y corriendo de modo que tendidos unos sobre otros

*llegan á formar un montón. A los que gustan ver cosas obscenas les agradan semejantes meneos, caídas y revoloteos de vestidos, se rien y están alegres por ello.* Si se considera que esta *diablería del baile* procede de círculos protestantes, se tiene también aquí otra vez una prueba singular de la *moralización* producida por el luteranismo. La verdad es, que en Alemania las costumbres y modos de vivir más morales no se establecieron en la férrea edad de la ortodoxia católica y protestante, sino tan sólo en la edad de la duda y de la incipiente lucha enérgica contra la *fé verdadera*.

Por lo demás, en la primera mitad del siglo XVII la miseria de los habitantes de las ciudades alemanas era apenas ménos grande que la de los campesinos. La furia de la guerra de 30 años castigó también cruelmente las ciudades, tan cruelmente, que Augsburgo, por ejemplo, perdió durante la calamidad de la guerra unos 60,000 habitantes. Las contribuciones y pillajes más desapiadados destruyeron la propiedad y por consiguiente también el bienestar de las ciudades. La industria vejetaba solamente, el comercio estaba paralizado, las artes desmedradas, pobreza, tribulación y miseria en todas partes. Solamente desde 1650 pudo levantarse otra vez paulatinamente la población urbana aplastada para reanudar sus trabajos. Durante la guerra de 30 años era una cosa rara que un hombre de la clase media dejara una fortuna como la tuvo á fines del año 1613 aquel Juan Zisenisen, doctor en ambos derechos, de Hannover, quien dejó en papel de rentas la suma de 5,000 taler, en metálico unos 50 taler, muchas alhajas de oro y plata, medallas, sortijas, cadenas y copas. *Item en armas una coraza, un peto, una hombrera y un casco, un arcabuz, un mosquete y una espada de puño plateado. Item, en libros, un Horacio y un Hesiodo, varios libros en lengua francesa, también unos pocos libros de jurista, un legajo de toda clase de disertaciones, un libro cosido en pergamino, una SINOPSIS JURIS CIVILIS, un libro pequeño en lengua italiana, el Oficio pastoral de Cristo y algunos sermones fúnebres.* Sesenta y ocho años más tarde, el secretario municipal Daniel Meder de Hannover, dejó ya una biblioteca relativamente respetable de más de 300 tomos, comprendiendo los clásicos griegos y latinos casi completos, luego gramáticas y diccionarios de las lenguas modernas, como también las obras jurídicas, filosóficas y literarias de la época.

Pasando de la clase media á la nobleza, hallamos que en el curso del siglo XVI el castillo feudal de la Edad media se transformaba gradualmente en la casa señorial moderna, sea que los castillos incapaces ya de resistir á las armas de fuego perfeccionadas, fueran transformados en palacios, sea que sus poseores los abandonaran del todo pareciéndoles más cómodo establecerse en puntos bien situados de la llanura, y construir palacios que al principio tenían ciertamente en el exterior y en el interior mucho de castillo; pero poco á poco iban tomando los motivos arquitectónicos del estilo del renacimiento y más tarde del estilo barroco y rococo. Así como estos palacios ofrecían una variedad infinita con respecto á sus dimensiones, el lujo ó la economía de su arreglo interno, la elegancia ó el descuido de sus contornos, así mismo manifestábanse naturalmente también en la vida de sus habitantes una

infinidad de gradaciones y matices. En primera línea influía la diferencia entre la nobleza de corte y nobleza de campo; luego en ésta como en aquélla la mayor ó menor importancia de la propiedad, y finalmente los diferentes grados de instrucción y la confesión eclesiástica. La sencillez, por no decir escasez, campesina con que se criaban los hijos de los hidalgos rurales de módica fortuna se ve en los recuerdos del caballero silesiano y luterano Juan de Schweinichen, que alcanzan de 1552 á 1602. El señorito Juan, que, cuando muchacho, tenía que guardar los gansos, recibió una instrucción muy lijera por el escribano del pueblo y luego en la escuela latina de Goldberg; cuando adulto sirvió á su padre de trillador y de mozo de cuadra y molino, fué luego á la corte del duque de Liegnitz, donde cobró gran fama por su capacidad beberrona, y acompañó más tarde á su pobre diablo de duque en sus viajes mendicantes por el imperio que ha descrito tan divertidamente. De una manera muy diferente vivía el coetáneo de Schweinichen el rico barón westfalio y católico Gaspar de Fürstemberg, muerto como gobernador de Westfalia y cuyos dietarios alcanzan de 1572 á 1615. Gaspar era hombre instruido en su casa paterna por un ayo de valía y luego en la universidad de Colonia, que tenía durante toda su vida facilidad en citar los autores latinos, y quien cuando su segunda esposa, una plebeya, entró en su palacio de Bilstein, se acordó de la belleza de la Corina de Ovidio. Con el hidalgo rural que vigilaba cuidadosamente la administración de sus haciendas, combinábase en él el hidalgo de corte en tanto que, como católico celoso, desempeñó varias veces un papel importante en los asuntos del electorado de Colonia durante un período muy ájitado, siendo sus servicios de mucha utilidad en la administración y la diplomacia. Sus negocios diplomáticos eran á veces muy particulares: así por ejemplo, apuntó en su dietario bajo la fecha del 13 de junio de 1589: *Me envían entre otras cosas al cabildo de la catedral para asuntos de la futura dieta, mejora de su conducta clerical y abolición de las rameras.* En el año 1591 desposó á su hija Goda con Bernardo de Heiden y apuntó sobre esto: *Anuncio á mi hija Goda la pretensión de Heiden y mi voluntad y la de los amigos, le encuentro pudor virginal y afición.* En junio del año siguiente célebrose en Neuhaus la boda preparada por el tío de la novia, el obispo Teodoro de Fürstemberg: *El novio con un respetable séquito de amigos de ambos sexos llegan por la tarde y se celebran antes de la cena los desposorios y la preparación del lecho nupcial en el gran salón, empezando luego un suntuoso banquete de príncipes.* El día siguiente PATRES SOCIETATIS JESU exhiben una magnífica COMEDIAM, ESTER; *no se hace nada más, luego jolgorio en comer, beber y bailar, á mi hija la novia le arreglan el dote matinal y además recibe del serenísimo príncipe (el tío obispo) y del conde Simón de Lipp magníficas joyas y vajilla.* Curioso es que el barón westfalio, á pesar de su catolicismo hubiese dado su hija en matrimonio á un protestante, pero es verdad que la cosa no se hizo sin suspiro. *Mi hija, la señorita Goda, se ha casado con un honrado hidalgo Bernardo de Heiden. ¡UTINAM ESSET CATHOLICUS! (¡ojalá fuese católico!)* Muy frecuentemente encuéntrase en los dietarios el apunte: *Estamos muy alegres y bebemos en grande.* Luego siguen apuntes sobre aparatos

y trabajos agrícolas y sobre viajes, no descuidándose el barón de hacer constar que los posaderos contaban como bribones. Una casa como la de Furs-



LA ESCALERA DE SUBIR Á CABALLO DEL PALACIO DE STUTTGART.

temberg, según la costumbre de la época, había de procurar tener una abundante provisión de vajilla de oro y plata. En el año de 1591 las alhajas de oro del barón tenían el peso de 28 libras y el valor de 11,000 talers, capital muy considerable en aquel tiempo por cuya mitad podía comprarse una hermosísi-

ma casa con su jardín en ciudades como Maguncia y Colonia. Furstemberg se construyó para su retiro el palacio de Schnellenberg, cerca de Attendorn, que no fué terminado sinó más tarde por su hijo heredero Federico, y de tal manera que podía considerarse como modelo de un palacio señorial de la transición del siglo xvi al xvii.

Como castillo-palacio típico de la segunda mitad del siglo xvi, existe aun hoy en sus formas fundamentales el *palacio viejo* de Stuttgart terminado en 1570. Sus localidades características eran las siguientes: en la planta baja del ala dirigida hácia el sudeste, hallábase una sala grande de 136 piés de largo por 51 de ancho, llamada *türnitz* y que servía ordinariamente de comedor á la servidumbre de palacio, pero en grandes ocasiones constituía el teatro de la fiesta. Sobre la *türnitz* hallábase el *cuarto de los caballeros*, es decir, el escritorio, la sala de audiencias y el comedor del duque, y sobre el cuarto de los caballeros, el *aposento de las mujeres*, para la duquesa y su servidumbre femenina, *cuartos y opositos muy secretos y tranquilos*. En el ala hácia el norte estaba alojada la cocina y arreglada una sala grande para banquetear y bailar, mientras que en el ala meridional se hallaba establecida la capilla de palacio. Las paredes de las salas y de las habitaciones privadas de la familia ducal estaban revestidas de tapices de seda ó de lana que contenían representaciones de escenas bíblicas. La fachada septentrional del palacio daba sobre el *paraiso*, como se llamaba el jardín artísticamente arreglado y esmeradamente cultivado que poseía la primera naranjería establecida en Alemania. Un *jardín de fieras* con toda suerte de caza y aves no faltaba entre los anchos fosos que rodeaban el palacio, completando el conjunto de este castillo de príncipe, la caballeriza, la casa de los arneses y el arsenal.

En estos palacios de príncipes la vida diaria durante el siglo xvi pasaba enteramente como en las casas señoriales de los ricos hidalgos rurales, sólo todo en mayor escala. A los príncipes se les daba generalmente una educación teológica semi-erudita, se les enviaba con sus ayos á las universidades y luego se les hacía emprender viajes para recibir el último pulimento educativo, especialmente en la corte imperial de Viena. Más tarde, por desgracia, París fué el objeto favorito de los viajes de los príncipes alemanes, que desde allí traían á casa toda la *courtoisie* y *galanterie*, como se estilaba en la corte de la *Flor de lis*, es decir, toda clase de extravagancias. A la educación de las princesas, bajo el punto de vista del saber, no se solía dedicar gran atención en aquella época en que todavía el principal requisito de una princesa alemana era el ser una buena, activa y hábil casera que supiese dirigir convenientemente el gobierno económico, difícil y complicado de una casa grande. La lectura y la escritura, alguna aritmética, un poquito de geografía y muchísimo catecismo, hé aquí los asuntos de enseñanza; y sólo excepcionalmente sucedía que las hijas de príncipes y nobles recibían una educación superior basada en el conocimiento y manejo de la lengua latina. Esto resulta claramente del no corto número de mujeres que durante la edad de la reforma intervinieron más ó ménos activamente en las condiciones eclesiásticas y políticas, como por ejemplo, la reina María de Hungría, hermana de Carlos V, que se car-